

Matías Montes Huidobro

TEATRO COMPLETO

EDICIÓN REVISADA POR EL AUTOR
AL CUIDADO DE ERNESTO FUNDORA



Matías Montes Huidobro (Sagua la Grande, 1931). Dramaturgo, narrador, poeta y ensayista. Doctor en Pedagogía por la Universidad de La Habana. Se da a conocer como dramaturgo al recibir el Premio Prometeo por *Sobre las mismas rocas* y a inicios de la década de los sesenta estrena obras como *Los acosados* y *Gas en los poros*. También ejerce la crítica teatral en el periódico *Revolución* y colabora extensamente en *Lunes de Revolución*. Luego de salir de Cuba ejerció la docencia en la Universidad de Hawaii, donde se le concedió el grado de Profesor Emérito. De su extensa y sostenida labor literaria dan fe las novelas *Desterrados al fuego*, *Esa fuente de dolor* —Premio Café Gijón, España, 1997—, *Una saga yoruba* y *Caravaggio: juego de manos*, y los libros de poemas *Nunca de mí te vas* y *Un salmo quisiera ser*. Entre sus obras teatrales destacan títulos como *Exilio*, *Su cara mitad* y *La sal de los muertos*. En su producción ensayística sobresalen *Persona, vida y máscara en el teatro puertorriqueño*, *La narrativa cubana entre la memoria y el olvido*, *El teatro cubano durante la República*, *Del areíto a la independencia: claves literarias de las letras cubanas* y *Cuba detrás del telón*, serie en cuatro volúmenes sobre el teatro cubano entre 1959 y 1979. Ha sido también un gran divulgador de las letras cubanas. En 1976 funda, con la colaboración de su esposa Yara González-Montes, la revista *Caribe*, y en 1987 Editorial Persona. En 2015 la Feria del Libro de Miami le otorgó el Primer Reconocimiento por la Trayectoria Literaria y en 2017 la Academia Norteamericana de la Lengua Española le concedió el Premio Enrique Anderson Imbert.

De la presente edición, 2018:

- © Matías Montes Huidobro
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y compilación: Editorial Hypermedia
Maquetación y corrección: Editorial Hypermedia
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-35-5

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

PALABRAS PRELIMINARES

Dentro del marco de toda mi obra creadora y crítica, el teatro tiene una importancia protagónica. Reconocida la misma dentro de la narrativa, la poesía, el ensayo, y tal vez algún otro género que no se ha inventado todavía, el teatro ha sido, desde la primera palabra que escribo hasta aquella que, finalmente y con suerte suba a escena, de una importancia primordial, porque mis vínculos con el género dramático se extienden desde que recibo el Premio Prometeo en 1951, a los veinte años, por *Sobre las mismas rocas*, precedido por una mención honorífica que se me otorgó en dicho concurso un año antes y seguido unos años después por el Premio Nacional de Teatro José Antonio Ramos de 1959, que es el primero que se le concede a un dramaturgo cubano en el proceso de transición de la República a la Revolución, con la gesta adicional del Exilio, como si este fuera una nueva geografía. Este hecho va a determinar que yo haya sido el único dramaturgo cubano que haya producido su obra en los tres períodos y espacios histórico-geográficos más significativos de la historia cubana contemporánea: República, Revolución y Exilio. Aunque mi trabajo en la narrativa ha sido también reconocido por dos premios de considerable importancia —el «Primera Novela» del Fondo de Cultura Económica de 1975 por *Desterrados al fuego*, que es un texto imprescindible, y el «Café Gijón» por *Esa fuente de dolor* de 1997—, el teatro en conjunto tiene un significado único.

Esta edición de mi *Teatro completo* espero que lo confirme, no por la calidad de los textos, que quedan a juicio del lector, sino por el significado personal e histórico que le adjudico, que trasciende cada uno de ellos, algunos de los cuales se publican por primera vez, como el caso de los inciertos pasos de *Las cuatro brujas* —mención honorífica del concurso Prometeo de 1950—, la primera edición de *Sucedirá mañana* y *El verano está cerca*, obras sin estrenar como *Las paraguayas* y *Funeral en Teruel*, hasta llegar a textos de madurez después de *Exilio*, que abren un nuevo ciclo. En todo caso, lo que intento decir es que no son meros textos dramáticos, sino que es como si a través del teatro me hubiera escrito a mí mismo, y el teatro fuera mi cuerpo, que configura este libro.

Por ello es motivo de satisfacción para mí que Hypermedia los haya publicado y que Ernesto Fundora, a quien tanto aprecio, investigador cubano, perfeccionista, minucioso y sistemático con un doctorado de la Universidad de Miami y una trayectoria ya de peso en el campo de las letras cubanas, haya estado a cargo de la presente edición y le diera calor a esta idea que se hace realidad y ha sido su fraternal empeño.

Este cuerpo teatral cubano que es mi persona cubre a través del teatro el vórtice huracanado que es la historia de Cuba en un péndulo que para mí ha sido muy difícil, y que me ha recorrido de arriba abajo, en el intento de superar todas las dificultades gracias a una voluntad férrea, que es el único modo de superar barreras y fronteras que parecen infranqueables, y tratar de hacer algo. El teatro para mí ha sido un ejercicio técnico del intelecto en contra de la adversidad de la historia.

Matías Montes Huidobro

GAS EN LOS POROS

1960

«Había una vez...».

LOS PERSONAJES

LA MADRE

LA HIJA

LA ESCENOGRAFÍA

La boca del escenario funciona como una ventana imaginaria. Mobiliario diverso, antiguo: un sofá, una mesita frente al sofá. Al lado opuesto, otra mesita con una botella de vino tinto y una copa. En cualquier parte, otra mesita con un teléfono: no es una sala ni un comedor, es un ambiente

ÉPOCA Y LUGAR

No muy precisamente definidos.

La hija se dirige hacia unos escalones laterales que conducen a la platea, como si fuera a salir de escena.

LA MADRE. (*Enérgica, dominante*). No vas a salir. No darás un paso hacia adelante.

LA HIJA. (*Retrocediendo, nerviosa, agobiada*). No quiero salir, mamá, no me atrevo. (*Sobre-cogida, las manos en la cara*). ¡Dios mío, tengo miedo!

LA MADRE. (*Frenética, movimientos alucinantes, inesperados, irreal, retorcida*). ¡El miedo, el miedo, el miedo! ¡Es exactamente lo necesario! (*Siniestra y, a la vez, casi con euforia*). Eso es bueno. Es saludable.

LA HIJA. Recuerdo las noches... Las pesadillas...

LA MADRE. (*Acariciándole extrañamente la cabeza a la hija. Le tira un poco de los cabellos en una especie de caricia. La abraza de forma opresiva tal vez de los cabellos*). ¡Pobrecita mía! Pobre... Miserable corazón.

LA HIJA. (*Se separa, huye*). ¡Atrapada en un redil! ¡Acosada por los cuatro costados!

LA MADRE. (*Riendo*). ¡Qué exageración; ¡Qué manera de trastocar las cosas! Quizás... quizás pudiéramos hacer algo más constructivo... Buscar otro modo de entretenerse... Comprendo que es difícil encontrar algo que hacer... ¡Entre estas cuatro paredes! Pero siempre se puede encontrar algún modo de llenar todo este tiempo... todo este vacío...

LA HIJA. (*Lentamente, incorporándose*). Yo sé que no me quieres explicar, mamá, pero no estoy conforme...

LA MADRE. (*Frívola, banal*). ¿Explicar? ¿Explicar? Las clases de piano comenzaban a las cinco y la música era siempre agradable. ¿Por qué no piensas en eso y te olvidas de todo lo demás? No pienses en nada maligno.

LA HIJA. No puedo estar conforme con todo esto.

LA MADRE. ¿Y quién lo está? Yo también tengo corazón. (*Nueva caricia cruel*). Te hace daño. ¿O es que acaso te hago daño yo? Ven. (*Atrayéndola hacia sí*). Duerme. Descansa. «Había una vez...».

LA HIJA. No puedo dormir. Tú lo habrás notado. Por las noches me acuesto en mi cama y empiezo a moverme. Empiezo a sudar también. Las almohadas se vuelven pegajosas y todo mi cuerpo se torna grasiento. Me da asco.

LA MADRE. Es el verano. Estos veranos calientes que no acaban nunca. Nos bañamos y al minuto estamos sudando.

LA HIJA. Tú tampoco puedes dormir.

LA MADRE. Algunas veces.

LA HIJA. Debe ser mi cuarto. No hay una sola ventana y el calor lo llena todo como si fuera un horno.

LA MADRE. Te he dicho que dejes la puerta abierta. Así podrá llegarte la brisa de la sala...

LA HIJA. Estoy cansada... Estoy cansada de estas conversaciones diarias, de esta letanía constante.

LA MADRE. ¿Y qué quieres? Después de todo, la vida en los pueblos es así, lenta como una vieja. Le pide permiso a un pie para mover el otro.

LA HIJA. Han pasado cosas, sin embargo...

LA MADRE. (*Firme*). No te hagas ilusiones. Todo está en el mismo sitio. En el fondo aquí no ha pasado nada.

LA HIJA. (*Inesperadamente violenta*). ¡Tú escuchabas los gritos! ¡Tú conocías de las torturas en el sótano!

LA MADRE. (*Sobresaltada, pero sin perder el equilibrio*). ¿Qué quieres decir? ¿De qué cosas estás hablando? ¿El sótano? El muro querrás decir. Te he dicho más de una vez que se trataba de un muro. Un muro solamente. Un muro es un muro; una pared sin significado. (*Agresiva*). ¿Entiendes ahora? ¿Entenderás algún día?

LA HIJA. Está bien. No quiero discutirlo.

LA MADRE. (*Suavemente*). No hay nada que discutir, hija mía.

LA HIJA. (*Evocando, casi superficial*). En invierno esta casa es húmeda. Entonces no se puede dormir por la humedad y el frío. Eso desvela también. Tenía que despertarme.

LA MADRE. (*Siguiendo a la hija*). Tenías el mal gusto de espiarnos. Debí castigarte la primera vez. Hice mal. Ya sabemos la regla: un castigo a tiempo es una cura para siempre. Pero vacilé. Fui demasiado débil y ahora pago las consecuencias.

LA HIJA. (*Volviéndose*). Escuchaba las conversaciones... Que si el sótano era el lugar más conveniente... Que nadie iba sospechar nada... Que era el lugar más discreto y seguro... .

LA MADRE. La primera vez que hablaste del sótano, debí ponerme de pie, alargar la mano, darte una bofetada. (*Le da una bofetada, como si el pasado se hiciera presente*).

LA HIJA. (*Alejándose, con rabia*). De nada te valdrá. De nada podrá valerte.

LA MADRE. El Sr. Ministro me lo dijo Te mimaba. El tenía razón. Todos lo sabían en esta casa. ¿No era acaso una madre ejemplar?

LA HIJA. (*Girando sobre sí misma*). El Ministro... El Alcalde... El Gobernador... El Senador... El Representante... ¡El Jefe de la Policía!

LA MADRE. (*Alti*va). Nuestros amigos, por cierto... Otra clase de gente.

LA HIJA. (*Con decaimiento*). Soy demasiado nerviosa. No he servido para otra cosa que para recoger la mesa. (*Suplicante*). ¡Mamá, por favor, yo no puedo vivir de espaldas a todo!

LA MADRE. (*Suavemente, casi con ternura*). Querida niña, mi hija es una pequeña educada a la antigua. Tú no tienes la culpa, pequeña mía. Todo es demasiado complicado para ti y no eres otra cosa que una muchacha educada en un convento. Holguín... Bayamo... La iglesia... El confesionario... Las monjitas... El coro también... Recordarás la sacristía, ¿no es cierto? Había un delicioso aroma de jazmines... Hace mucho tiempo de eso, es cierto. Siglos tal vez. (*Ríe*). ¿Te acuerdas? ¿Lo has olvidado? Entonces vivíamos de otro modo...

LA HIJA. Está todo demasiado lejos. Pasaron muchas cosas después. Además, todo era igual que ahora.

LA MADRE. (*Dolida*). ¿Por qué dices eso? Tú eras feliz, recuérdalo.

LA HIJA. ¿Por qué tratas de engañarme?

LA MADRE. Hice todo lo posible para que lo fueras. Era sincera. Creía que era lo mejor. Nada ni nadie podría hacerte daño. Después de todo, creaba la seguridad a tu alrededor.

LA HIJA. ¿La seguridad?

LA MADRE. Una pequeña barrera que te libraba de todos los peligros.

LA HIJA. ¿Y el sótano? ¿Qué me dices del sótano, mamá?

LA MADRE. No existía entonces. ¿Por qué piensas en él?

LA HIJA. (*De pie, hacia el frente*). Entonces, ha existido alguna vez.

LA MADRE. (*Riendo, evasiva*). ¿Por qué hablar de cosas desagradables? Hay otros temas...

LA HIJA. Entonces, es cierto...

LA MADRE. Me cansas. ¿Es que tú piensas que yo no quiero olvidar? Yo casi lo he olvidado, pero te empeñas en recordar lo que no se debe recordar. Lo que está muerto y enterrado... ¡Qué empeño tan absurdo! ¡Qué idea tan inusitada! Ya no existe, hija. Cuando se abre la puerta, nos encontramos con un muro. Un simple muro de ladrillos.

LA HIJA. Sin embargo, la puerta estuvo alguna vez.

LA MADRE. ¿Y quién puede probarlo? Ya no está. Ahora podrás descansar. Las dos podremos dormir tranquilas. Yo misma, por las noches, di fin a toda aquella turbia historia que solo se empeñaba en manchar mi reputación. Habladurías, calumnias que podían ser muy peligrosas. ¡No te puedes imaginar cómo es la gente! (*Amenazante*). ¡Ni se te ocurra ponerte de su lado! Has sido una niña mimada y consentida a la cual le he dado todo lo que ha querido.

LA HIJA. Procuras confundirme, taparme los ojos para que no pueda ver. Pero yo lo tengo que saber todo... «Había una vez...».

LA MADRE. Trato de conducirte por el buen camino, pero no quieres. Como si quisieras perderte tal vez... Eres una muchacha... (*ríe*) rebelde.

LA HIJA. Había una vez, mamá... (*Casi autoritaria*). «Había una vez...».

Primera secuencia de «Había una vez...».

Cambio de luces.

LA MADRE. Quieres que te lo cuente todo. Está bien. No te cansas de recordar. Ya no tenemos otra cosa en qué entretenernos. (*Pausa*). «Había una vez una madre, una hija, un sótano y un lobo feroz...». (*Transición*). Recordarás aquella mañana en que empezaron a traer los ladrillos. (*Con asco*). Aquellos muchachos sucios y repelentes, casi desnudos, cubiertos de aquel sudor agrio que inundaba la casa y que me daba ganas de vomitar. (*Violenta*). Pero había que tolerarlos. ¡Jóvenes y fuertes! ¡Con sabe Dios qué ideas en la cabeza! ¡Ahora hay que tolerarlos! (*Pausa*). Pusieron los ladrillos junto a la puerta. Y el saco de cemento. Te dije que quería hacer una repisa. Fue una idea absurda, claro. ¿Acaso no parecía una historia inverosímil? Eran más ladrillos de la cuenta. Una fantasía, una locura tal vez. No iba a necesitar tantos para hacer una pequeña repisa. ¿Cómo pudiste creerme? Tú eras tonta, ¿o querías hacerte? ¿Por qué no cuentas esa parte de la historia? ¿Es que acaso no quieres descubrir la verdad de lo que estabas pensando? (*Pausa*). En todo caso, estabas en una de esas etapas con aquellos sudores y aquellos turbios y asqueantes espasmos. Comencé mi tarea. Tenía que hacerlo yo misma. ¿Iba a esperar algo de ti? Fueron varias noches de un trabajo agotador. (*Mirándose las manos*). ¡Piensa en estas pequeñas manos de mujer que jamás se han manchado de fango! Pero no podía esperar. Día a día la situación se hacía más comprometida. Quería hacer un buen trabajo, perfecto, y que nadie se diera cuenta. (*Ligera*). Bajaba con unos pocos ladrillos y la mezcla de cemento en un cubo. Era como un juego. Nunca he jugado a solas, pero jugaba. ¿Sabes que me divertía también? ¡Qué extraña

felicidad! Aquello tenía algo de pasión y de locura. Era... era como si renaciera nuevamente... (*Transición*). Bueno, es inútil que te lo quiera explicar. No entenderías.

LA HIJA. (*Ahogadamente*). Te entiendo.

LA MADRE. ¿Es posible?

LA HIJA. Jugabas a las trampas. Hacías trampas por las noches y eso te fascinaba, te enloquecía. Lo entiendo, mamá, lo entiendo. Comprendo tus sensaciones y tu juego. Me parece verte. Quizás algún día también pueda aprender.

LA MADRE. ¡Qué ilusa eres! ¡Qué idea tan loca se te ha metido en la cabeza!

LA HIJA. Podría continuar tu historia. Podría contar tus pasos en la escalera, tu tensión en el pecho.

LA MADRE. Lo sabes... Lo sabes todo...

LA HIJA. No, no. Es como si quisiera aprender en el recuerdo. Pero, ¿qué era para mí saber o no saber en aquel instante? Todo era turbio, helado, pegajoso... No podía entender.

LA MADRE. Es demasiado fácil para ti.

LA HIJA. Sigue... Sigue...

Bajo el efecto de luz, la madre recrea la escena, haciendo los movimientos del caso de acuerdo con las sugerencias del texto.

LA MADRE. Las escaleras... El pasillo... Temía caerme... Después de todo, no soy joven... El pasillo estaba a oscuras y temía que algún vecino abriera la puerta de un momento a otro. Una noche, me crucé con alguien. No puedo recordar exactamente quién. Estoy segura. Me llegó un aliento alcoholizado y repelente en medio de la oscuridad. ¡Lo conocía tan bien! ¡Era tan idéntico! Me preguntó vagamente. Le dije que iba a sembrar jazmines en el jardín. Naturalmente, aquello no tenía sentido. Pero, ¿es que tenía importancia que lo tuviera o lo dejara de tener? A veces me pongo a pensar que fue una ilusión, una pesadilla. Comenzamos a reír al mismo tiempo. (*Cambiando la voz*). «¿Jazmines en el jardín?», me dijo. «¿A estas horas de la noche?». Me era difícil explicar todo aquello: el cubo, la mezcla de cemento, los ladrillos. (*Cambiando la voz*). «¿No sabe usted que los jazmines se siembran de día?». (*Cambia nuevamente*). «No creo en esas ideas modernas», le respondí. Todo era absurdo. Mientras lo decía me daba cuenta. El jardín ni siquiera existía. Lo había inventado de pronto, como si estuviera en verdad al pie de la escalera. ¿Comprendes?

Termina la secuencia «Había una vez...». Cambio de luces.

LA HIJA. (*Ríe de modo casi infantil*). Es divertido. «Había una vez...». Es como si me cantaras una canción de cuna y me fuera a dormir... A veces, en medio del tedio, presiento que algún día me pasarán cosas semejantes.

LA MADRE. No te puedes imaginar mi situación. Él estaba borracho, afortunadamente. Le dije lo primero que me vino a la cabeza y no se dio cuenta de nada. Yo estaba sola para pensarlo todo. Ponerlo todo en su lugar. No podía contar contigo. Ni siquiera explicarte nada. ¡Eras tan delicada! ¡Tan susceptible! Tal vez te hacías la endeble. Para ti, yo era la única comprometida.

LA HIJA. ¿Acaso lo estaba yo, mamá? ¿Acaso lo estaba?

LA MADRE. En cierto modo.

LA HIJA. ¿En cierto modo? No te entiendo. Yo no entendía una palabra. Recuerda que no podía dar dos pasos por mi cuenta, abrir la puerta siquiera... Atada al piano... al solfeo... a la clase de música...

LA MADRE. (*Sinuosa, le pasa la mano por la cabeza*). ¡Es tan fácil vivir de ese modo!

LA HIJA. Estaba acorralada. Vigilada. No podía hacer ni una cosa ni la otra.

LA MADRE. Entonces, estás libre de culpas, ¿no es así?

LA HIJA. ¿Acaso no me obligabas tú? ¿Acaso no tenía que repetir: «mamá no quiere», «mamá no me deja»?

LA MADRE. Está bien. Yo no te acuso. Pero alguien tenía que mantener en pie esta casa. Eran tiempos difíciles, no me lo irás a negar. Yo tenía que hacerle frente a la comida y al peligro. Había que vivir, ¿no? Yo no podía dormir en paz, no te vayas a creer. Todo era demasiado peligroso. También para ti. Temía que alguien abriera la puerta del sótano y se encontrara de pronto con aquello. ¡El Jefe de la Policía lo había dejado todo de forma tan irregular e inesperada! ¡Era asqueroso! ¡Era realmente repelente! Alégrate. Después de todo, repetir: «mamá no quiere», «mamá no me deja», resulta mucho más fácil.

LA HIJA. (*Enfrentándosele*). Pero yo quería, ¿entiendes? ¡Yo quería! Esa es la diferencia.

LA MADRE. No tuviste que enfrentarte a aquel hedor insoportable, al piso manchado de sangre, a los restos de todo aquello.

LA HIJA. ¿Eso fue todo?

LA MADRE. Eso creo. No tiene sentido hablar de ese pasado que ya está muerto.

LA HIJA. Trato de recordar... ¿No dije yo alguna palabra?

LA MADRE. Callabas de tal modo que parecía que habías enmudecido para siempre.

LA HIJA. (*Indagando en su propia verdad*). Tal vez, en voz baja... Las recuerdo vagamente... A veces, mientras alargaba la mano, así, sobre la mesa, y mientras el Sr. Ministro y tú charlaban, de pronto —apenas lo recuerdo, apenas me daba cuenta— decía la palabra... libertad...

LA MADRE. (*Ríe históricamente*). ¿La decías? ¿Te atreviste alguna vez? Debió resultar realmente cómico.

LA HIJA. Era... como si la dijera tan bajo... que ni yo misma llegara escucharla...

LA MADRE. (*Sarcástica*). Quizás lo hiciste. No, no voy a negar tu gesto de valor, pero como ni tú misma la escuchabas era como si no la hubieras dicho jamás.

LA HIJA. Y yo no me atrevía a gritarla...

LA MADRE. Yo alzaba la voz un poco, solo un poco... (*Ríe*). Reía.

LA HIJA. A repetirla...

LA MADRE. (*Casi encima de ella, maltratándola*). Porque eras cobarde. Todos lo sabíamos. Eras ridícula con tu miedo en el rostro.

LA HIJA. «Mamá no quiere». «Mamá no me deja». (*Violenta*). ¡No es mi culpa! ¡Sabes que el Jefe de la Policía se sentaba ahí, tranquilamente, horas y horas, y me hacía temblar!

LA MADRE. (*Natural*). Pero hija mía, apenas decía una palabra.

LA HIJA. ¡El sótano! ¡El sótano! ¡Eso era lo que decía una y otra vez!

LA MADRE. Estabas al tanto de todo. Sabías tanto como yo.

LA HIJA. Tú me hiciste estúpida, pequeña, mezquina...

LA MADRE. Te dabas cuenta y comprendías la difícil situación en que nos había dejado tu padre... Tenía que sacar dinero de alguna parte... Y a cambio de eso, tenía que prestar algún servicio... El sótano estaba vacío y ellos lo sabían. Me propusieron un negocio. Querían arrendarlo. No me podía negar. ¡Aquellas cosas se hacían! No podía hacer nada y ellos tenían las armas en la mano.

LA HIJA. (*Abatida*). Una pequeña pesadilla.

LA MADRE. (*Acariciándola, sinuosamente*). Has sido siempre una muchacha enferma. (*Alzándole levemente la cabeza*). Déjame ver ese rostro. (*La mira fijamente*). Estás pálida, tiembles. (*La hija se deja abrazar, aterrorizada*). ¿Es que tienes miedo? ¿Por qué vas a temer? ¿Por qué no lo olvidas todo y decides vivir en paz? Estamos un poco alteradas, eso es todo; pero nos quedaremos aquí. Un pedazo de pan... Un poco de comida... Te lo he dicho mil veces. Todo se resolverá. Aquí no ha pasado nada, como aquel que dice.

LA HIJA. (*Separándose*). ¿Y si te dijera que escucho?

LA MADRE. ¿Escuchas? No hay nada que escuchar ya.

LA HIJA. ¿En dónde me has encerrado, mamá? ¿En qué cárcel he vivido durante todos estos años?

LA MADRE. En una celda donde estabas segura y nadie podía hacerte daño. Como una monja. Eres una ingrata. No te das cuenta de los peligros que te acechan por todas partes. Sígue así y ya verás adonde irás a parar. ¿Escuchas? ¿Qué escuchas?

LA HIJA. Sonidos... Voces... Palabras...

LA MADRE. No, tú no escuchas nada.

LA HIJA. (*Señalando a la ventana que se supone esté en la boca del escenario*). ¿Oyes?

LA MADRE. (*Acercándose a las supuestas persianas*). Esos ruidos no te dejan dormir. Cerraré las ventanas.

LA HIJA. Escucho, mamá.

LA MADRE. (*Cerrando las supuestas persianas*). Hay que cerrar. Entra el polvo de la calle.

LA HIJA. Necesito un poco de sol, un poco de aire.

LA MADRE. Olvida... Olvida...

LA HIJA. Recuerda, mamá, recuerda... Cántame esa canción de cuna otra vez... «Había una vez... Había una vez...».

LA MADRE. No, no... Acabaremos despiertas, acabaremos encerradas en la pesadilla...

LA HIJA. (*Apoderándose de la situación*). Recuerda, mamá, recuerda... «Había una vez...».

LA MADRE. Cállate, entretente en otra cosa. Estas escenas me cansan. ¡Ya estoy muy vieja para hacer ese papel! Y eso no nos conduce a ninguna parte.

LA HIJA. (*Aferrándose a la madre*). ¡Quiero ese aliciente, mamá, quiero ese aliciente! ¿Y si no he vivido otra cosa? «Mamá no quiere», «mamá no me deja». ¿Es que podré hacer algo?

LA MADRE. Tú no puedes hacer nada.

LA HIJA. Entonces dame ese veneno. Es un sopor que me calma. Solo me queda el pasado. (*Incorporándose*). «Había una vez...».

LA MADRE. No quiero...

Segunda secuencia de «Había una vez...».

Cambio de luces. La hija extiende la mano como si creara la magia de una secuencia teatral.

LA HIJA. Entran...

LA MADRE. Pero esto no puede ser...

LA HIJA. El General, el Alcalde, el Senador, el Representante, el Jefe de la Policía... ¡La vieja camarilla, mamá!

LA MADRE. (*Nerviosa, arreglándose los cabellos, entrando «en escena»*). Pero han entrado demasiado pronto. Te gusta que haga el ridículo ante ellos. No has dispuesto la escena. Las tazas de café...

LA HIJA. *(Que ha ido colocando unas imaginarias tazas de café sobre la mesita).* Ya está listo.

LA MADRE. ¿No te parece que el Jefe de la Policía es un hombre muy simpático?

LA HIJA. *(Por lo bajo).* Pero tiene la camisa manchada de sangre.

LA MADRE. No es sangre. Es vino.

LA HIJA. *(Insistiendo).* Tiene la camisa manchada de sangre.

LA MADRE. *(Irritada).* ¡Eso no es así! ¡Eso no lo dijiste jamás!

LA HIJA. Te lo dije, te lo advertí, pero tú no querías escucharme.

LA MADRE. No sirves para nada. Ni para esto siquiera. Todo lo dispones de la manera que no fue. *(Interpretando).* «El café, hija mía. Todos esperamos el café».

LA HIJA. Está sobre la mesa.

LA MADRE. Si al menos lo dispusieras todo tal como sucedió. El café no estaba sobre la mesa. Tú llegabas con él en la bandeja.

LA HIJA. Lo siento.

La hija simula recoger las tazas de café y colocarlas sobre una bandeja que tampoco está. Se aleja con ellas hacia la puerta.

LA MADRE. Temblabas. La sola presencia del Jefe de la Policía te ponía nerviosa. Yo, por el contrario, estaba muerta de la risa.

La madre simula reír a carcajadas, pero no se le oye.

LA HIJA. Pero él estaba levemente nervioso.

LA MADRE. Lo conocías bien poco. No se ponía nervioso jamás.

LA HIJA. *(Acercándose de nuevo a la mesita frente al sofá).* De pronto, al inclinarme hacia ustedes, aquella descarga inesperada de ametralladoras, cerrada.

LA MADRE. Las tazas temblaron sobre la bandeja. Yo no dejaba de reír.

La madre ríe de igual modo.

LA HIJA. Me sobresalté. Algo estaba pasando. Corrían por los tejados. ¡Lo recuerdo! ¡No lo puedo olvidar!

LA MADRE. ¡Las tazas, las tazas, pronto, las tazas!

Se repite el juego. La hija vuelve a colocar «las tazas» sobre la mesa.

LA HIJA. Corrían, trataban de escapar. Se escuchaba todo demasiado cerca. El Jefe de la Policía comenzó con sus chistes obscenos y tú no dejabas de reír.

La madre ríe sin que se le escuche.

LA HIJA. Tratabas de ocultar los pasos, la cacería humana, los aullidos de los perros y los gritos de las víctimas. ¡Tu risa, mamá, tu risa! ¿Era que nunca ibas a dejar de reír? Y yo sentada entre los dos, presa, sumida en mi pequeño mundo de terror del cual no podía salir.

LA MADRE. (*De pie*). Los dejaron escapar. Aquella noche se escaparon varios delincuentes. Unos chiquillos despreciables, muertos de hambre. ¿Cómo iba a ser posible que no te protegiera?

LA HIJA. Jamás me dijiste que se habían escapado.

LA MADRE. No iba a darte esa alegría, porque yo sabía que estabas de su parte. Era un rescaldo de felicidad que tenía que ir enterrando día tras día.

LA HIJA. De pronto, el Jefe de la Policía palideció inesperadamente.

LA MADRE. Había reconocido el aullido de uno de los perros. Alguien se le escapaba.

LA HIJA. Se puso de pie.

LA MADRE. (*Interpretándose a sí misma en el pasado*). «¿Adónde vas?».

LA HIJA. (*Cambiando la voz, como si fuera el Jefe de la Policía, firme pero tapándose los oídos*). «Al sótano».

LA MADRE. (*Interpretando*). «No, deja ahora...».

LA HIJA. (*Cambiando la voz, imitando al Jefe de la Policía*). «¿Y para cuándo quieres que lo deje?».

LA MADRE. ¡Los endemoniados, chorreando sangre, se burlaban una vez más! La sangre saltó por la ventana.

LA HIJA. (*De espaldas al público*). Estaba de espaldas. No la pude ver.

LA MADRE. Era un río de sangre que se extendía por todas partes. ¿Cómo era posible que no lo hubieras visto?

LA HIJA. (*Interpretándose a sí misma*). «No vayas, mamá. No lo sigas».

LA MADRE. «Iré».

LA HIJA. «Tengo miedo».

LA MADRE. (*Junto a la puerta*). ¿Qué hiciste entonces?

LA HIJA. ¿Qué podía hacer? Me había quedado sola. No podía moverme. Esperaba. ¿Qué cosa era todo aquello? ¿Lo sabía yo acaso? Estaba confusa. Era una pesadilla que carecía de explicación para mí. Un pequeño mundo. Un torbellino. Y, además, me sentía rodeada, cercada por todas partes. ¿Por qué no me explicaste que se trataba de un crimen?

LA MADRE. No tenía nada que explicar. Después de los disparos corrí tras el Jefe de la Policía. Tú me viste salir. ¿No podías deducir que se trataba de un asesinato?

LA HIJA. Estaba en ese mundo cobarde en que me has hecho consumirme desde pequeña.

LA MADRE. Un mundo color de rosa, por otra parte. Deja de fingir y termina esta escena de una vez para siempre.

LA HIJA. Regresaron.

LA MADRE. Y tú estabas junto a la puerta, en acecho. (*Interpretando*). «Estás pálida, ¿qué te pasa?».

LA HIJA. (*Interpretando*). «Esos pasos. ¿Ha pasado algo?».

LA MADRE. (*Interpretando*). «¿Qué podría pasar?».

LA HIJA. (*Preguntándole a un personaje imaginario*). «¿Ha pasado algo, Sr. Ministro?».

LA MADRE. (*Cambiando la voz, como el Sr. Ministro*). «Aquí no ha pasado nada».

LA HIJA. (*Corriendo hacia otro lado del escenario, preguntando*). «¿Ha pasado algo, Sr. General?».

LA MADRE. (*Cambiando la voz, como si fuera el Sr. General*). «Nada. Es el viento. Estamos en septiembre y los ciclones...».

La hija repite las preguntas una y otra vez a personajes imaginarios. Huye, trata de escapar. La madre la persigue, cambiando la voz, haciendo de múltiples personajes.

LA HIJA. «¿Ha pasado algo? ¿No ha pasado nada?».

LA MADRE. «¡Atájela! ¡No la deje salir!».

LA HIJA. «¿Ha pasado algo? ¿No ha pasado nada?».

LA MADRE. «¡Por allí! ¡Por allá! ¡Por el otro lado!».

LA HIJA. «¡Suélteme! ¡Socorro! ¡Sáquenme de aquí!».

LA MADRE. «¡Al sótano! ¡Al sótano! ¡Que no salga viva de aquí!».

LA HIJA. «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Sáquenme de aquí!».

LA MADRE. (*Agarrando a la hija*). ¡Calla! ¡Calla de una vez! ¿Es que no te das cuenta? ¿Es que quieres acabar como todos ellos? Si no te callas no podrás salir viva y acabarás como todos los demás. (*Feroz, cambia la voz*). «¡Al sótano! ¡Al sótano! ¡Que no salga viva de aquí!».

Termina la secuencia «Había una vez...». Cambio de luces.

LA MADRE. (*Soltando a la hija*). ¡Mientes! ¡Mientes! ¿Por qué me haces decir palabras que no dije jamás?

LA HIJA. Las dijiste, mamá, las dijiste.

LA MADRE. ¿Supones que porque todo haya cambiado y porque esta casa no sea la misma de antes estoy dispuesta a tolerarlo todo?

LA HIJA. «Había una vez...». El olvido tiene una memoria que se clava en el recuerdo y tiene que salir.

LA MADRE. No dejaré que agregues una sola palabra.

LA HIJA. Pero ahora sé cosas que no sabía antes.

LA MADRE. Demasiado tarde. No permitiré que le agregues al pasado palabras que no fueron dichas.

LA HIJA. Porque tú me ahogabas. Por eso no fueron dichas.

LA MADRE. Ahora te quedarás con ellas atravesadas por siempre en la garganta. No las has dicho nunca y jamás las podrás decir.

LA HIJA. (*Suplicante*). ¿Es que no entiendes, mamá? Solo quisiera un poco de aire... No es mucho pedir... A veces, entre las persianas, contemplo la calle y no acabo de entender... La gente... Las aceras... Los autos...

LA MADRE. ¿Y qué derecho tienes tú? Tienes que vivir en el recuerdo, pero en un recuerdo sin palabras de más.

LA HIJA. Pero es que oigo palabras. Extrañas palabras que están en el aire y que no pueden silenciarse. Que se escuchan por todas partes como un murmullo que inunda la ciudad y lo envuelve todo con un sonido diferente.

LA MADRE. ¿Qué quieres decir?

LA HIJA. Palabras nuevas, que quiero entender, porque nunca me has enseñado su significado.

LA MADRE. ¡Calumnias! ¡Mentiras! ¡Cuentos! (*Amenazante*). Esas patrañas se las dirás una a una al Jefe de la Policía.

LA HIJA. El Jefe de la Policía está muerto. Ha sido ametrallado, mamá.

LA MADRE. (*Acercándose al teléfono*). ¿Es que has perdido el juicio? Lo llamaré y te tendrás que tragar esas palabras para siempre.

LA HIJA. Ha sido fusilado, mamá. Bien sabes que estamos incomunicadas. Encerradas entre estas cuatro paredes como si fuéramos las prisioneras de sus crímenes. Ya no puedes comunicarte con nadie. El teléfono ya no funciona para tus crímenes. Tus crímenes, mamá. Los de todos ustedes.

LA MADRE. Piensas acorralarme, pero te equivocas, porque yo encontraré algún modo de salir.

LA HIJA. Te parabas junto a la ventana y los veías. Veías a los jóvenes en las esquinas y reconocías fácilmente a los culpables. A los inocentes, quiero decir. Los culpables del heroísmo.

LA MADRE. (*Ríe histéricamente*). ¿Y esas palabras? ¿Dónde las has oído? ¿Quién te las dicta?

LA HIJA. Quiero vivir.

LA MADRE. Es demasiado tarde.

LA HIJA. Es que ahora es cuando encuentro las palabras.

LA MADRE. ¡Palabras, palabras, palabras! ¿Qué es eso? ¿Qué quieres decir? ¿En qué mundo crees vivir?

LA HIJA. ¿Acaso lo sé? Vivo en un mundo impreciso. Y siento cosas que nacen, gérmenes. El pasado se llena de palabras nuevas. Distingo cosas en medio de la noche, en la oscuridad. (*Pausa. Firme, enfática*). Sé cosas, mamá, que antes ignoraba. Más de las que tú crees.

LA MADRE. Inventas. Estuviste soñando otra vez. Te quedaste dormida cerca de la ventana y volvieron esos sueños turbios, como si te hubieras liberado de tus más secretos y oscuros deseos. Tal vez no era más que una fantasía. Un hombre que te violaba. ¿No te das cuenta que estás pecando y acabarás envuelta en las llamas del infierno?

LA HIJA. No, mamá, no vas a meterme miedo... La joven que vive al otro lado de la calle... Esa con la que no me permitías que cruzara una palabra... Salió de la casa, así como escurriéndose, para que nadie la viera... Anoche... Entre las persianas, dejó caer una carta.

LA MADRE. (*Declina en fuerzas*). Te pasas el tiempo tejiendo tramas para enredarme. A tu vieja madre. A tu pobre madre infeliz...

LA HIJA. La muchacha se ha escapado, mamá.

LA MADRE. Las mentiras te obsesionan. Por favor, déjame dormir...

LA HIJA. Una pequeña muchacha rebelde.

LA MADRE. ¿Pero conoces a la abuela? Es vieja, pero fuerte como un roble. Viene de una estirpe que no se doblega fácilmente. La domina a bastonazos. ¡Ya verás! ¡Ya verás!

LA HIJA. Trataron de detenerla... Pero corría demasiado rápido... Lo vi claramente, por la ventana, cuando dormitabas en el sillón.

LA MADRE. Otras han muerto en el trayecto.

LA HIJA. Pero ella no. Corrió entre el enrejado. La vi entre las sombras. ¡Logró escaparse!

LA MADRE. (*Pausa*). Además, a esa muchacha no la has visto nunca. Sencillamente, no existe. Estás hablando disparates.

LA HIJA. ¡Existe! ¡Existe! Se escapaba... Era un lince... Un meteoro tal vez...

LA MADRE. ¡Deliras! Tendré que llamar al médico. Por la noche no se distinguen los rostros y la calle estaba a oscuras. Por allí, además, no pasa nadie después que oscurece. Esos son delirios de tu imaginación.

LA HIJA. No era la primera vez. Pero esta vez, me lo dijo, era para siempre.

LA MADRE. Confundes los papeles, hija mía. No se trata de una verdadera rebelión. ¿No te das cuenta? Era... una cualquier cosa... Simplemente, andaría buscando a alguien con quien acostarse.

LA HIJA. Mientes. Tú sabes mejor que yo de qué se trata. Sentía desde hace días una opresión profunda en el corazón. Se escapaba por las noches, pero regresaba al amanecer, temblando, como si fuera a morir si la descubriesen.

LA MADRE. Es natural.

LA HIJA. Me lo contó a través de las persianas, en voz muy baja. Pero yo temía que te pudieras despertar y que me descubrieras y que me torturaras y que me arrastraras hasta el sótano y que el Jefe de la Policía volviera otra vez y posara las manos sobre mí...

LA MADRE. Estás perdiendo la razón. Entre estas cuatro paredes, nada se sabe... ¿Qué certeza tienes? Todo se confunde en tu cabeza e imaginas lo que no es... Las mezclas... El sueño y la realidad... ¡Es tan extraño para ti! ¡Es una madeja tan confusa! Oyes voces... Nada existe... Sueñas.

LA HIJA. Invento, entonces...

LA MADRE. Invento. No tiene nada de malo. Me molesta, no te lo voy a negar, pero ahora que estamos solas, hay que pasar el tiempo... Me resigno... Ya no tengo al Jefe de la Policía, que tanto me divertía y me hacía reír... Y volver al pasado me agobia, mucho más cuando tú te empeñas en agregar palabras que no fueron dichas... No, no, es una locura... Es mejor olvidar, irse a dormir...

Tercera secuencia de «Había una vez...».

Cambio de luces.

LA HIJA. No, mamá. «Había una vez...». (*Pausa*). Anoche, cuando estaba junto a la ventana, ella se acercó nuevamente. Tenía una nueva historia. Me lo explicó todo lentamente, como si fuera una lección. Una voz extraña... Nueva... Distinta... Un mundo nuevo... Como si estuviéramos en un confesionario y finalmente se confesara toda la verdad.

LA MADRE. Me aburres... Es un disparate... Eso no tiene sentido...

LA HIJA. Por la tarde estaban todos reunidos en la sala. Eran casi las siete y todos tenían que acostarse porque a esa hora todos tienen que irse a dormir... Se había escapado tres veces, pero ya estaba cansada de escapar y regresar... Su abuela había hecho algunas alusiones en la mesa, con su tío, que era el General.

LA MADRE. La abuela es una mujer extraordinaria, chapada a la antigua. Domina la casa. Los criados no respiran, no descansan. Pero no le va mal. Todos la respetan y nadie se mueve cuando ella da con su bastón en el piso. (*Da unos golpes en el piso*).

LA HIJA. Ella escuchaba. Estaba atenta a todo lo que ellos tenían que decir. Pero temblaba. Temblaba de pies a cabeza.

LA MADRE. (*En el sofá. Cambio de voz*). «Anoche, a eso de las once, sentí que se abría una ventana. Temí que fuera algún rebelde. Son a veces demasiado osados. Se juegan el todo por el todo (*Gesto*). Puse mi mano en el rifle por si tenía que disparar. Supongo que fuera el viento. Pero debemos estar alerta. Son tiempos peligrosos. En cualquier casa podría pasar lo mismo y no hay otro remedio que matar».

LA HIJA. Ella sabía que la estaban acechando. De un momento a otro podrían descubrirla y entonces la encerrarían entre las cuatro paredes de su cuarto, sin ventanas, solo con una abertura en el techo. La abuela pidió un tabaco.

LA MADRE. (*Cambio de voz*). «Un tabaco... Un tabaco... Hace días que no fumo...».

La hija se acerca a la mesita situada al otro lado del escenario. La madre está en el sofá, reclinada de tal modo que está casi de espaldas a la mesita y no ve lo que hace la hija. La hija aparentemente toma un tabaco y una fosforera, que no es necesario que aparezcan fisi-

camente en escena, y se los da a la madre, que encenderá el tabaco, posiblemente un habano, aunque no se especifica.

LA HIJA. Los tabacos estaban en una mesita no muy lejos de la ventana. Ella se los alcanzó. Pero antes miró a través de las persianas y contempló la extraña calle, abierta y libre. Su abuela hablaba de los rebeldes, de la guerra, de los bombardeos...

LA MADRE. (*Cambio de voz, haciendo como si fumara*). «¡Que les quemem las cañas, que arda todo, que no quede más que ceniza y sal!».

LA HIJA. Todo el mundo comenzó a reír. Ella estaba a punto de caer y reclinó la cabeza junto a las persianas. Contempló la calle nuevamente, furtivamente, casi con miedo, cuidando que nadie se diera cuenta. Nadie se daba cuenta. Estaban en su mundo. Era como si hubiera desaparecido para los demás... Entonces fue cuando le pidieron el vino... Dio unos pasos... Estaba cansada de aquellos siglos de opresión, de silencio, de palabras que no fueron dichas... Se acercó nuevamente a la mesita y vio la copa vacía... Un cáliz que solo tenía que llenar...

La hija está junto a la mesita y toma la copa en la mano, iniciando así una especie de ceremonia ritual. Acaricia la copa como un cáliz. Servirá el vino. Buscará el veneno en la gaveta y lo disolverá en la copa, llevándose lo después a la madre.

LA HIJA. Entonces recordó el veneno que su abuela escondía en la gaveta. El mismo que usaba con los gatos que después se retorcián por los tejados. ¡Su abuela había disfrutado tanto de aquellas muertes! Lo tomó en la mano. Era como si hubiera aprendido la lección.

LA MADRE. (*Cambio de voz*). «Y hay ladrones, además. ¿Qué puede hacer uno con los ladrones sino quemarlos en la hoguera?».

LA HIJA. Sirvió una copa. Disolvió el veneno lentamente. Había sufrido tanto que había olvidado la pena.

LA MADRE. «¡El vino! ¿Qué pasa con el vino?».

LA HIJA. Aquella mujer era una mujer detestable. Yo nunca la conocí. Pero ella me había hablado tantas veces y había llorado tanto que siento conocerla como si me hubiera enterrado sus garras durante toda mi vida. Dominante, la voz cruel, el gesto duro, los gritos a los esclavos en el batey, la hacienda llena de humo... Tus collares... Tus pulsos... Tu cabeza siempre levantada... Tu abominable orgullo... Tu juego de naipes... Tus amistades... Tu Jefe de la Policía... Tu Ministro muerto y enterrado... Tu sótano lleno de sangre... (*Pausa. Se miran*). La miró con odio, me dijo. Una última mirada de odio. Carecía de piedad. Aquella mujer solo entendía el lenguaje de los bastonazos.

La madre da unos golpes en el piso. Cambio de luz. Fin de «Había una vez...». La madre tiene la copa en la mano. La hija se vuelve hacia la ventana.

LA HIJA. Una larga jornada, demasiado larga para mí... ¿Qué soy? He vivido tan tristemente que no sé si tengo derecho a algo... Le había dado la copa pero ella no se daba cuenta. Estaba segura de vivir.

LA MADRE. (*Bebe*). Tiene un sabor extraño.

LA HIJA. Esas fueron sus exactas palabras.

LA MADRE. (*Pausa*). ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? ¡Es una trampa! ¡Una maldita trampa! Es necesario llamar al doctor, es necesario... ¡Un médico, maldita, un médico! Un momento de descuido y mi maldito castillo de naipes ha sido derrumbado... Una pequeña vacilación...

LA HIJA. Interpretas un papel... Juegas...

LA MADRE. ¡Es un crimen! ¡Un asesinato!

LA HIJA. No, es algo más simple. Es la libertad.

LA MADRE. ¡La rebelión! ¡La rebelión de mis esclavos! ¡Yo soy el amo!

LA HIJA. (*Confusa*). Pero, ¿qué somos? ¿En dónde estoy? ¿En dónde ha ocurrido todo esto?

LA MADRE. ¡Me asfixio! ¡Necesito un poco de aire!

LA HIJA. Abriré la ventana.

LA MADRE. ¡Ábrela, ábrela al fin! ¡Tu libertad no te será fácil!

LA HIJA. Es cierto. Todos lo sabemos.

La madre muere. La hija empieza a abrir la ventana. Cae el telón lentamente.

CRONOLOGÍA TEATRAL
BIBLIOGRAFÍA, ESTRENOS, MONTAJES

Las cuatro brujas (1949/2015)

Mención honorífica. Concurso Prometeo, La Habana.

Sobre las mismas rocas (1950)

Premio Prometeo, La Habana, Cuba, 1951.

Estrenada por Prometeo en La Habana, en la Sociedad Nuestro Tiempo, 21-22 de abril de 1951. Dirección: Francisco Morín. Reparto: Julio Riera, Ramón Ventoso, David Fernández, Armandito Zequeira, Roger Riva, Josefina Elósegui, Glicería Soto, Haydée Olivera, Manuel Amor, Orlando Torres, Orlando Tajonera.

Publicada en *Obras en un acto*. Honolulu: Editorial Persona, 1991, 11-52.

Sucedirá mañana (1953/2015)

Sin estrenar.

El verano está cerca (1954/2015)

Sin estrenar.

Los acosados (1959)

Estrenada por la Asociación Pro Teatro Dramático: inauguración de *Lunes de Teatro Cubano*. Sala Arlequín, La Habana, 1960. Dirección: René Ariza. Reparto: Julio Riera y Gladys Anreus.

En Cuba fue llevada a escena por Teatro de Camagüey, Comisión de Cultura Municipal. Dirección de Miguel Ponce, 1960. También por Amigos de la Cultura Cubana, Auditorio del Colegio Irene Toland, La Habana, 30 de mayo de 1960.

Llevada a la televisión en *Pueblo y cultura*. CMBF. Producción de Manuel Rifat. 1960.

En Madrid la lleva a escena el Grupo de Teatro Olofe, en la Casa Teatro Janagah, en junio de 2008. Dirección de Mauricio Rentería. Reparto: Mauricio Rentería e Izaskun Cruz.

Montaje de Ernesto García, Teatro en Miami Studio. Reparto: Ivette Kellems y Cristian Ocón, 2008.

Llevada a escena en Conference on Caribbean Studies, Marquette University, Milwaukee, en octubre de 2010, basada en el montaje de Ernesto García, cortesía Teatro en Miami Studio.

Ha tenido las siguientes lecturas dramáticas: Biblioteca Nacional de Caracas, Instituto de Cultura, Venezuela. Dirección de Julio Riera, febrero de 1994. Instituto Cultural René Ariza, Cámara Oscura, Miami, julio de 2006. Reparto: Orlando Rossardi y Natacha Amador.

Publicada en *Lunes de Revolución*. La Habana, 4 de mayo de 1959, 10-14. También en *Obras en un acto*. Honolulu: Editorial Persona, 1991, 53-81.

Las vacas (1959)

Premio Nacional José Antonio Ramos, La Habana, 1959. Perdida. Estrenada en el Palacio de Bellas Artes. Auspiciada por el Departamento de Bellas Artes del Municipio de La Habana, Departamento Nacional de Cultura. La Habana, 1960. Dirección: René Ariza. Reparto: Octavio Álvarez, Zenaida Aranguren, Carlos de León, Loly Ángeles Buján, Julio Riera.

La botija (1959)

Estrenada por la Asociación Pro Teatro Dramático en la inauguración de *Lunes de Teatro Cubano*, Sala Arlequín, La Habana, 1960.

Otros montajes en Cuba: Ministerio de Hacienda, Ciclo de Actividades Sociales y Deportivas, 1960; Amigos de la Cultura Cubana, Auditorio del Colegio Irene Toland, La Habana, 30 de mayo de 1960; Agrupación Teatro Experimental, Ayuntamiento de Regla, 25 de octubre de 1960; Grupo Joven Teatro, El Sótano, La Habana, 6 de marzo de 1961.

Publicada en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, 1960, y en *Obras en un acto*. Honolulu: Editorial Persona, 1991, 83-98.

Gas en los poros (1960)

Estrenada por *Prometeo*, La Habana, diciembre de 1961. Dirección: Francisco Morín. Reparto: Parmenia Silva y Verónica Lynn.

Llevada a escena en el City College of New York, 1987; y en Drew University, New Jersey, 1987. Ambos montajes con dirección de Francisco Morín. Reparto: Teresa Yenque y Jeannette Mirabal.

Llevada a escena por Ditirambo Teatro en Bogotá, septiembre de 2012, dirección de Rodrigo Rodríguez, con Virginia Ariza y Erika Lozano.

Estrenada en Miami por Artefactus Theater, dirección de Eddy Díaz Souza, con Deisy Fontao y Belkis Proenza, octubre de 2016, en celebración de los cincuenta y cinco años de su estreno en La Habana en 1961.

Llevada a la televisión con guión del autor, dirección de Clara Ronay y Julio Matas, CMBF TV Revolución. Reparto: Lilliam Llerena y Ernestina Linares.

Lecturas dramáticas: ILYCH International Conference, Córdoba, Argentina, agosto de 1989. Theater Fest 94, Dallas, Texas, enero de 1994; El Patio, Caracas, Venezuela, agosto de 1994, bajo la dirección de Laura Zarrabeitia; The First Conference on Caribbean Culture and Literature, Marquette University, Milwaukee, octubre de 2004, y en el Instituto Cultural René Ariza, en Havanafama, Miami, con Julie de Grandy e Ivette Kelems, 2011, dirigida por el autor.

Ha sido publicada en *Lunes de Revolución*. La Habana, 27 de marzo de 1961, 40-43; en la antología *Teatro cubano en un acto*, editada por Rine Leal. La Habana: Ediciones Revolución, 1963, 221-242; y en *Obras en un acto*. Honolulu: Editorial Persona, 1991, 103-124. También en *El tiempo en un acto*. New York: Ollantay Press: 1999, 119-143.

Incluida, en traducción al inglés bajo el título de *Once Upon a Future*, en *Little Havana Blues: A Cuban-American Literature Anthology*, editada por Virgil Suárez y Delia Poey. Traducción de Doris Waddel. Houston: Arte Publico Press, 1996, 299-325.

El tiro por la culata (1960)

Estrenada en el Teatro Nacional. Festival de Teatro Obrero y Campesino, La Habana, 22 de marzo de 1961. Dirección: Tomás González. Reparto: Elio Moya, William Machado, Jesús Gil González, Ido Peñate, Ana Molinet.

Llevada a escena por Teatro Estudio, en el Teatro Popular, presentada por el Instituto de Cultura de Marianao. Dirección: Vicente Revuelta. Reparto: Rigoberto Águila, Jorge Hernández, Orquídea Rivero, Vivian Guie, Henry Santana.

Publicada en *Tres obras dramáticas de Cuba revolucionaria*. La Habana: Ediciones del Municipio de Marianao, 1961, 3-19.

Parcialmente traducida al inglés por Phyllis Zatlin.

La sal de los muertos (I) (1961)

Versión original escrita en Cuba. Incluida en *Teatro selecto contemporáneo hispano-americano*, editado por Orlando Rodríguez-Sardiñas y Carlos Miguel Suárez Radillo. Madrid: Escelicer, 1971, 115-220.

Bebé y el señor don Pomposo (1961)

Adaptación de un cuento de José Martí. Sin estrenar.

La madre y la guillotina (1961)

Estrenada por *Prometeo* en Contemporary Theater, Symposium and Festival. Queensborough Community College, CUNY, abril de 1976. Dirección de Francisco Morín. Reparto: Lourdes Ferré, Regina Suárez, Mirta Cartaya, Luz Marina Cárdenas/Teresa Yenque. Francisco Morín, también con el grupo *Prometeo*, monta la obra en el Hispano Festival II, Mercy College, New York, 6-22 de agosto de 1976; y en Café Teatro El Portón, 1976.

En inglés, bajo el título de *The Guillotine*, ha tenido los siguientes montajes: Symposium on Alienation and Revolution, Marquette University, Milwaukee. Dirección de John Dial, el 27-29 de marzo de 1980. Reparto: Terry Neumann-Hayes, Chris Kubicki, Mary Hovel, Carole Lipari; en la Universidad de Wisconsin-Superior, abril de 1981, por Larry A Szymanowski. Reparto: Meg Burdett, Pat Sundvick, Diana Lund, Lori Libersky; en Florida International University, New Theater Symposium on Cuban Theater in the United States, abril de 1987. Dirección de Rafael Prieto. Reparto: Marilyn Downey, Lourdes Guigou, Fara Schiller, Mary-Jo Corta. En marzo y abril de 1991 es llevada a escena en New York por Pulse Ensemble Theater. *One Act Plays Festival: Rebels With a Cause*, bajo la dirección de Jeanie Dobie, con un reparto formado por Susan Walke, Keeley Stanley, Susan O'Hearn, W. McGregor King.

Lecturas dramáticas: por Teatro Campesino, California, verano de 1988, bajo la dirección de Tony Curiel; en la Universidad de Hawaii, Department of European Languages, bajo la dirección del autor, con Marina Llorente, Cristina Delva, Patricia de Julio y Karin Hill, en 1991; en el Instituto Cultural René Ariza, 2010, bajo la dirección del autor, con Julie de Grandy, Belkis Proenza, Orquídea Gil e Ivette Kellems.

Incluida bajo el título de *The Guillotine*, en traducción al inglés de Julio Matas y Francesca Colecchia, en *Selected Latin American Play*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1975, 93-126. En español, fue seleccionada para su publicación en *Literatura Revolucionaria Hispanoamericana*, edición de Mirza González. Madrid: Betania, 94-118.

Ojos para no ver (1977-1979)

Estreno en el VIII Festival de Teatro Hispano de Miami. Prometeo, 1993. Dirección: Marilyn Romero. Reparto: Nattacha Amador, José Emilio Zuberó, Luz Marabel, Aurora Castellanos, Oscar Torres, Javier Siut, Lizaida Mansito, Julissa Alberich, Diri Cantillo, Patricia Azán, Regino Arias, Carlos Velázquez, Jossylin Polo.

Publicada por Ediciones Universal, Miami, 1979.

Hablando en chino (1977)

Adaptación de una secuencia de *Ojos para no ver*. Estrenada en Marquette University, 1977. Dirección: Armando González-Pérez.

Publicada en la revista *Escolios*, California State University, mayo-noviembre de 1977, 76-82. También en *Obras en un acto*. Honolulu: Editorial Persona, 1991, 193-200.

Funeral en Teruel (1979)

Sin estrenar.

Publicada en *Verbena. Revista bilingüe de las artes*. Verbena Press: Summer 1982. Traducción al inglés de escenas del primer acto por Francesca Colecchia, 2-29. También por Editorial Persona, Honolulu, 1990.

La navaja de Olofé (1981)

Estrenada en el Primer Festival de Teatro Hispano de Miami, Teatro Nuevo, mayo de 1986. Dirección: Rafael de Acha. Reparto: Nattacha Amador y Reynaldo González.

Montajes: *A Navalha de Olofé*, Universidade Federal do Espírito Santo, NIAC, Núcleo Integral de Artes Escénicas. Dirección y traducción de Paulo de Paula. Reparto: Alcione Dias y Alex Pandini. Apertura del Festival Universitario de Teatro de Blumenau, 5 de junio de 1991; Teatro Cimarrón, sala Dora Alonso, Centro Cultural Edison, La Habana. Festival de Oralidad Escénica. Director cultural y artístico: Alberto Curbelo, 3-13 de agosto de 2002; Madrid, Grupo de Teatro Olofe, en la Casa Teatro Janagah, junio de 2008. Dirección: Mauricio Rentería. Reparto: Mauricio Rentería.

Lectura dramática en el Theatre Fest 94, Dallas, Texas 1994.

Publicaciones: *Prismal/Cabral*, University of Maryland, Primavera de 1982, 118-133. También en *Obras en un acto*. Honolulu: Editorial Persona, 1991, 203-218. Incluida en *Presencia negra: teatro cubano de la diáspora*, edición de Armando González-Pérez, Madrid: Ediciones Betania, 1994, 94-118. En inglés, bajo el título de *Olofé's Razor*, en *Cuban Theater in the United States*. Editores y traductores: Luis Gonzáles-Cruz y Francesca Colecchia. Tempe: Bilingual Press, 1992, 43-58.

Exilio (1987)

Finalista, concurso Letras de Oro, Universidad de Miami, 1987.

Estreno: Gran Teatro Cubano. Museo Cubano de Arte y Cultura, Miami, marzo-abril de 1988. Dirección: Heberto Dumé. Reparto: Nattacha Amador, Celia Do Muiño, Manolo de la Portilla, Rubén Rabasa y Marcos Casanova. Escenografía de Rafael Mirabal.

Montajes: Llevada a escena por Gran Teatro Cubano en el Creation Art Center. Dirección: Heberto Dumé. Reparto: Julie de Grandy, Eliana Iviricú, Jorge Trigoura, Pedro Rentería, Jorge Reyes, Miami, diciembre 1997. Llevada a escena también durante el Congreso

del Milenio, Asociación Nacional de Educadores Cubano-Americanos, Miami, por Gran Teatro Cubano. Dirección: Herberto Dumé. Reparto: Julie de Grandy, Eliana Iviricú, Germán Barrios, Gustavo Laborie. Miami, octubre de 2000.

Lecturas dramáticas: Coconut Grove Playhouse, Coral Gables, 1986. Dirección: Rafael de Acha. Reparto: Mario Ernesto Sánchez, Alina Interián, Hall Estrada, Norberto Perdomo y Luisa Gill; y en El Portón, Nueva York, por Latin American Theatre Ensemble, en 1987. Dirección: Orestes Matachena. Reparto: Rafael Martínez, Lula Santos, Juan Alcalá, Graciela Más y José Corrales. En el 2011 tiene lugar una lectura del primer acto en La Habana.

Publicada en Honolulu por Editorial Persona en 1988. Incluida en alemán bajo el título de *Exile* en *Theaterstücke des lateinamarikanischen Exil*. Traducción de Heidrun Adler. Frankfurt: Vervuet, 2002, 261-307. También en el segundo volumen de *Dramaturgia de la Revolución (1959-2008)*. 30 obras en 50 años. Selección y nota introductoria de Omar Valiño con la colaboración y la edición al cuidado de Ernesto Fundora. La Habana: Ediciones Alarcos, 2011, 537-623.

***Las paraguayas* (1988)**

Sin estrenar.

Finalista, Concurso Letras de Oro, Universidad de Miami, 1988.

La Fundación Lila Wallace-Readers Digest le concedió \$45,000 a El Teatro Campesino que dirigiera Luis Valdés para un montaje cuyo estreno se anunció por el propio Teatro Campesino para la primavera del 1989, que se redujo a una lectura de mesa en la sede de dicho teatro en San Juan Bautista, California. La subvención nunca fue utilizada en el montaje de la obra.

Publicada como suplemento especial de la revista *Caribe* con motivo de la celebración del Primer Congreso de Literatura y Cultura Caribeñas, Marquette University, 13-16 de octubre de 2004.

***Fetos* (1988)**

Sin estrenar.

Publicada en *Obras en un acto*. Honolulu: Editorial Persona, 1991, 221-228.

***La garganta del diablo* (1989)**

Adaptación de una secuencia de *Las paraguayas*. Sin estrenar.

Publicada en *Obras en un acto*. Honolulu: Editorial Persona, 1991, 229-240.

***El hombre del agua* (1989)**

Sin estrenar.

Lectura dramática: Biblioteca Nacional, Caracas, Venezuela, bajo la dirección de Julio Riera, agosto de 1994.

Publicada en la revista *Baquiana*, Anuario V, 2003-2004, 279-293, y en alemán bajo el título de *Der Mann aus dem Wasser* en *Kubanische Theaterstücke*, editado por Heidrun Adler y Adrián Herr. Frankfurt am Main: Vervuert, 1999, 396-412.

***Su cara mitad* (1989)**

Finalista, Concurso Letras de Oro, Universidad de Miami, 1989.

Estrenada en Teatro de las Américas, Oxnard, California, durante tres fines de semana entre el 1 y el 23 de octubre de 2005 en el Heritage Square Petit Playhouse. Dirección: Christina Aerenlud-Veliz. Reparto: Armando Rey, Lourdes Solórzano, Irany Pellican, Oscar Franco, Roberto Sánchez y Barbara Sánchez. Con subtítulos en inglés.

Publicada en inglés bajo el título de *Your Better Half* en *Cuban American Theatre*, editado por Rodolfo J. Cortina. Houston, Arte Publico Press, 1991, 53-110. Traducida por David Miller y Lynn E. Rice Cortina.

Incluida en *Teatro cubano contemporáneo. Antología*. Madrid: Centro de Documentación Teatral, Fondo de Cultura Económica Sociedad Estatal Quinto Centenario. Editor: Moisés Pérez Coterillo. Coordinador: Carlos Espinosa Domínguez, 1992, 621-703.

Publicada por Editorial Persona, Miami, 2016.

Lección de historia (1990)

Sin estrenar.

Lectura dramática en Caracas, Venezuela.

Publicada en *Obras en un acto*. Honolulu: Editorial Persona, 1991, 247-252.

La sogá (1990)

Estrenada en Madrid por Grupo de Teatro Olofe, Casa Teatro Janagah, en junio de 2008. Dirección: Mauricio Rentería. Reparto: Mauricio Rentería e Izaskun Cruz.

Lectura dramática en Teatro Ensayo, Caracas, Venezuela, 1994.

Publicada en *Obras en un acto*. Honolulu: Editorial Persona, 1991, 241-245.

Oscuro total (1993)

Estrenada en XV Festival Internacional de Teatro Hispano de Miami en el Koubek Center, en junio de 2000. Una producción de Trigolabrado y Pro Teatro Cubano. Dirección: Jorge Trigoura. Reparto: Leanne Labrada, Frank Quintana y Humberto Rossenfeld.

Publicada en la revista *Ollantay*, Vol. V, No. 2, verano de 1998.

Publicada por Plaza Editorial, Miami, 2014.

La diosa del Iguazú (1995)

Monólogo. Tomado de *Las paraguayas*.

Publicada en *Puentelibre. 66 Creadores Cubanos*, Vol. II, Nos. 5-6, Verano de 1995, 135-136.

Lectura dramática durante la presentación de *Puentelibre* en Miami en 1995.

Un objeto de deseo (2006)

Una producción de Pro Teatro Cubano, llevada a escena en Teatro Ocho, como parte de las actividades del Congreso Celebrando a Martí, durante tres fines de semana, enero-febrero de 2006. Dirección: Mario Salas-Lanz. Reparto: Nattacha Amador, Jorge Hernández y Jamilé Amador.

Publicada por Ediciones Universal, Miami, 2006.

Tirando las cartas (2009)

Sin estrenar.

Incluida en *Teatro cubano en Miami*. Selección de Luis de la Paz. Miami: Editorial Si-lueta, 2010, 85-120.

Caravaggio en Milán (2010)

Sin estrenar.

Un sainete callejero (2011)

Sin estrenar.

La sal de los muertos (II) (2012)

Estrenada en 2012 por Akuara Teatro en una producción de Pro-Teatro Cubano. Dirección: Christian Ocón. Reparto: Christian Ocón, Ivette Kellems, Orestes Graupera, Yoelvis Batista, Orquídea Gil, Liset Jiménez.

Incluida en *Tres dramaturgos, tres generaciones*, editado por Rodolfo Martínez Sotomayor. Miami: Editorial Silueta, 2012, 11-84.

La Avellaneda una y otra vez (2014)

Sin estrenar.

Lectura dramática: Congreso Internacional “La Avellaneda y Gastón Baquero”, convocado por Ediciones La Gota de Agua, Florida International University y Centro Cultural Español, 2014.

Publicada por Plaza Editorial, Miami, 2014.

ÍNDICE

Palabras preliminares	7
Las cuatro brujas	9
Aquelarre teatral	9
Sobre las mismas rocas	31
Sucedirá mañana	53
El verano está cerca	95
Los acosados	135
La botija	153
Gas en los poros	163
El tiro por la culata	179
La sal de los muertos	193
Bebé y el señor don Pomposo	239
La madre y la guillotina	251
Ojos para no ver	271
Funeral en Teruel	307
La navaja de Olofé	365
Exilio	375
Fetos	441
Las paraguayas	447
La garganta del diablo	479
Su cara mitad	499
La sogá	541
Lección de historia	545
Oscuro total	551
Un objeto de deseo	603
Tirando las cartas	651
Caravaggio en Milán	667
Un sainete callejero	679
La sal de los muertos II	685
La Avellaneda una y otra vez	717
Cronología teatral	803
Bibliografía, estrenos, montajes	803

